Cantó un gallo

A Renato Billote.

La señora Berta de Avancelles había rechazado hasta entonces las súplicas de su admirador desesperado el barón José de Croissard. Durante el invierno, en París, la había perseguido con ardor, y ahora daba en su honor fiestas y cacerías en su castillo normando de Carville.

El marido, el señor de Avancelles, nada veía ni sabía, como de costumbre.

Vivía, á lo que decían, separado de su mujer á causa de su debilidad física, que su señora no le perdonaba. Era un hombrecillo rechoncho, calvo, corto de piernas, de brazos, de cuello, de nariz, de todo.

La señora de Avancelles era, por lo contrario, una

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

joven morena y atrevida que se reía de un modo sonoro en las barbas de su marido á quien llamaba públicamente «la señora Tontaina» y que miraba con expresión animadora y tierna los anchos hombros, el pecho robusto y los largos bigotes rubios de su admirador eterno el barón José de Croissard.

Nada le había otorgado sin embargo. El barón se arruinaba por ella. Sin cesar daba fiestas, cacerías, y buscaba nuevas diversiones, á las que invitaba á la nobleza de los alrededores.

Durante el día, los perros ladraban sin cesar detrás de jabalíes y zorras y todas las noches deslumbradores fuegos artificiales iban á mezclar con las estrellas sus penachos de fuego, en tanto que las ventanas iluminadas del salón lanzaban sobre los cuadros del parque estelas de luz en las que de cuando en cuando aparecían las sombras de los que pasaban por delante de los balcones ó ventanas.

Era en otoño, la estación amarillenta. Revoloteaban sobre la hierba bandadas de pájaros, vagaba por el aire olor de tierra húmeda, de tierra desnuda como se siente el olor de la desnuda carne cuando caen después del baile los vestidos de una mujer.

Una noche, durante la última primavera, la se-

ñora de Avancelles había dicho al señor de Croissard que la asediaba de continuo con sus ruegos:

—Si debo caer, amigo mío, no será antes que caigan las hojas. He de hacer demasiadas cosas este verano para que me quede tiempo para ello.

Se había acordado el barón de aquella palabra atrevida, y quizá dicha en broma, y cada día adelantaba sus trabajos de aproche y se enseñoreaba más del corazón de la hermosa, que sólo resistía, al parecer, por pura forma.

Iba á celebrarse una gran cacería. El día anterior, la señora Berta dijo riendo al barón:

—Barón, si cobra usted la pieza le hago un regalo.

Apenas amaneció estuvo el barón en pie para ver dónde se había refugiado el solitario. Acompañó á sus ojeadores, distribuyó los puestos, organizó todo para preparar su triunfo, y cuando resonaron las trompas de caza dando la señal de partida, apareció vestido con una casaca roja con galones de oro, apretado el talle, ancho el busto, la mirada radiante, fresco y fuerte como si acabara de salir del lecho.

Marcharon los cazadores. El jabalí salió de su guarida y huyó seguido de los perros á través de

la maleza; galoparon los caballos llevando por los estrechos senderos del bosque amazonas y jinetes, mientras que por los anchos caminos reblandecidos, rodaban sin ruido los coches que acompañaban desde lejos la comitiva.

La señora de Avancelles por malicia retuvo al barón junto á ella, siguiendo al paso una gran avenida interminablemente recta y larga, formada por cuatro hileras de robles que la cubrían con su ancha bóveda.

Estremecido de amor y de inquietud, escuchaba con un oído la charla burlona de la joven, y con el otro seguía la tocata de las trompas y la voz de los perros que se alejaban.

—De modo que ya no me ama usted?—decía ella.

—¿Cómo puede usted decir tamaño desatino?—replicó él.

—Es que me parece que le gusta á usted más la caza.

—¿No me ha dicho usted misma que debía matar por mi mano el jabalí?—replicó el barón.

La joven añadió gravemente:

—Ya lo creo, es preciso que le mate usted ante mis ojos.

Entonces él se estremecía excitando al caballo que saltaba, y decía perdiendo la paciencia:

—¡Voto va, señora! Me parece que no podré hacerlo si permanecemos aquí.

Ella le hablaba tiernamente poniéndole la mano en el brazo ó acariciando como al descuido las crines de su caballo.

Y, riendo, le decía:

—Pues debe usted matarlo, ó sino, tanto peor para usted.

Luego volvieron á la derecha entrando en un caminito cubierto, y de pronto, para evitar una rama, se inclinó tanto la joven hacia él, que sus cabellos le rozaron la mejilla.

Entonces, la abrazó brutalmente, y apoyando sobre la sien sus grandes bigotes, la besó de un modo furioso.

Permaneció inmóvil un momento bajo aquella caricia avasalladora, y luego, volvió violentamente la cabeza, y bien por casualidad, bien á caso hecho, sus labios encontraron los labios del barón bajo la cascada de su pelo rubio.

Entonces, bien por confusión ó por remordimiento, espoleó á su caballo que partió á galope, y así corrieron largo tiempo sin cambiar siquiera una mirada.

El torbellino de la caza se aproximaba cada vez más; los jarrales parecían estremecerse, y de repente, rompiendo las ramas de un talludo brezo, cubierto de sangre, rechazando á los perros que le mordían, pasó el jabalí.

Entonces el barón, lanzando una carcajada de triunfo, gritó: «¡Que me siga quien me quiera!»

Y desapareció entre el monte bajo, como si le hubiera tragado el bosque.

Cuando llegó la joven algunos minutos más tarde á un claro, se levantaba el barón manchado de barro, con la casaca desgarrada y las manos ensangrentadas, mientras la res tendida en el suelo mostraba en la paletilla el cuchillo de monte hundido hasta la empuñadura.

Se descuartizó el animal ya de noche á la luz de las antorchas que embalsamaban las tinieblas con su humareda resinosa, mientras la luna hacía palidecer su roja llama. Los perros comían las entrañas mal olientes del jabalí, y ladraban y reñían. Ojeadores y cazadores, formando círculo en torno de la res, tocaban las trompas. Su ruido formidable subía más alto que los bosques, y se alejaba repetido por los ecos de los lejanos valles despertando á los ciervos inquietos, á las zorras chilladoras, y

turbando los juegos de los conejitos grises junto á los claros del bosque.

Las aves nocturnas revoloteaban asustadas sobre la jauría ardorosa, y las mujeres, enternecidas por todas aquellas escenas violentas, se apoyaban en el brazo de los hombres, y se perdían por las avenidas, antes que los perros hubieran acabado de comer. Lánguida después de aquella jornada de fatiga y ternura, la señora de Avancelles dijo al barón:

—¿Quiere usted dar una vuelta por el parque, amigo mío?

Pero él sin contestar, tembloroso, desfallecido, la arrastró.

En seguida se besaron. Iban al paso, muy despacio, bajo las ramas casi desnudas que dejaban filtrar la luna; y su amor, sus deseos, su necesidad de estrecharse eran tan vehementes, que por poco se tumban al pie de un árbol.

No sonaban ya las trompas. Los perros, rendidos, dormían en sus perreras.

—Vamos á casa—dijo la joven.

Se volvieron.

Cuando estuvieron delante de la quinta, ella murmuró con voz desfallecida:

—Estoy tan cansada que voy á acostarme, amigo mío.

Cuando él abría los brazos para darle el último beso huyó ella diciéndole á guisa de adiós:

—No... voy á dormir... ¡Quien me ame que me siga!

Una hora después, cuando la quinta estaba silenciosa, el barón llamó quedamente á la puerta de su amiga. Viendo que no contestaba trató de abrir. El cerrojo no estaba corrido. Meditaba la joven de codos en la ventana.

Se echó á sus pies besando apasionadamente sus rodillas á través de la bata de noche. Nada decía la joven, acariciando con sus dedos afilados los cabellos del barón.

De pronto, desprendiéndose, como si hubiera tomado una gran resolución, murmuró la joven con su expresión atrevida, pero en voz baja:

—Voy á volver, espéreme.

Y su dedo, tendido en la sombra, señalaba en el fondo del cuarto la mancha blanca de la cama.

Entonces, á tientas, embriagado, con las manos temblorosas, se desnudó rápidamente y se deslizó entre las frescas sábanas. Se tendió con delicia olvidando casi á su amiga ante el placer que le producía aquella caricia de la ropa blanca en su cuerpo cansado y rendido.

La joven no volvía, divirtiéndose sin duda en ha-

cerle esperar. El barón cerraba los ojos sintiendo un bienestar exquisito en la espera de las delicias durante tanto tiempo anheladas. Pero poco á poco, sus miembros quedaron laxos, se entorpeció su pensamiento, y cada vez fué más incierto y flotante. Rindióle la fatiga al cabo y se durmió.

Durmió con el pesado sueño, con el invencible sueño de los cazadores extenuados. Durmió hasta la aurora.

De pronto, por la ventana abierta penetró la voz de un gallo que se había dormido en un árbol vecino. Entonces sorprendido por aquel grito sonoro, el barón abrió los ojos.

Al sentir el contacto de un cuerpo de mujer y encontrándose en una cama que no era la suya, sorprendido, y no acordándose de nada, balbuceó en la inconsciencia del despertar:

—¿Qué hay, dónde estoy?

Entonces ella, que no había dormido, viendo aquel hombre despeinado, con los ojos enrojecidos y los labios entreabiertos, contestó con el tono altanero con que hablaba á su marido:

—No es nada, es un gallo que canta. Vuelva usted á dormirse, caballero, eso no le importa á usted.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO